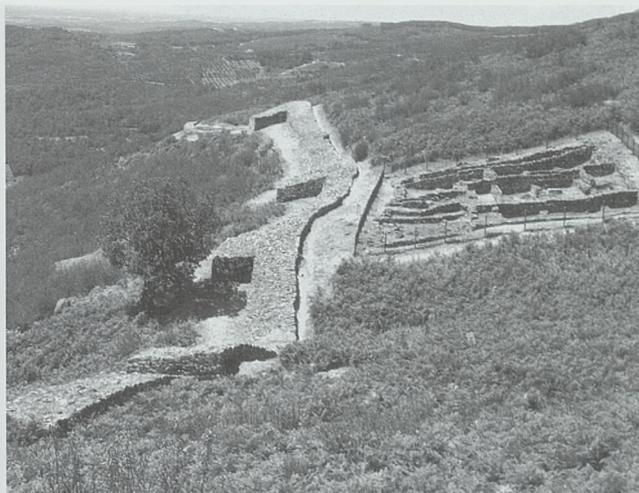


torios de explotación, que en los sitios pequeños revelan una fuerte orientación agrícola pues se emplazan en el fondo del valle con ricos suelos aluviales. Los oppida presentan, por el contrario, una orientación ganadera si se atiende a la topografía y calidad de los suelos. De otra, las funciones de los oppida y los pequeños asentamientos. Los primeros se individualizan porque desarrollaron actividades industriales -bien documentado en el alfar de Las Cogotas-, estuvieron implicados en redes de intercambio -como evidencian las armas de las necrópolis y algunas importaciones- y estuvieron fuertemente fortificados.

La base económica de las élites sociales vettonas residía en el control de la tierra —una agricultura cerealista de secano— y especialmente de las cabezas de ganado, que permitían acumular riqueza de una forma eficaz. Aunque no disponemos de buenos análisis faunísticos por otros datos sabemos que el ganado vacuno fue el más importante, aunque cabras, ovejas y cerdos también jugaran un papel relevante. Las esculturas de verracos constituyen, en este sentido, un indicador simbólico muy útil para explorar su utilización por las comunidades vettonas de la Edad del Hierro. Una parte muy importante de los verracos, singulares efigies de piedra que representan toros y cerdos, fueron esculpidos entre mediados del siglo IV a.C. y el siglo I a.C.³¹. Algunos se erigieron junto a las puertas de los castros vettones, como Las Cogotas (Cardeñosa) y La Mesa de Miranda (Chamartín). Se ha pensado que estas esculturas podían tener un significado religioso relacionado con la protección del ganado, tal vez con la simbología característica del guardián protector de la ciudad. Incluso debieron existir más fórmulas de representación y disposición de las esculturas en relación a puertas, murallas y recintos, que simbolizarían mágica y socialmente a los grupos residentes, pero carecemos de la información arqueológica necesaria para completar este panorama. También existen indicios claros de que los mejores pastos de los valles y las fuentes de agua más próximas fueron referenciados en el paisaje mediante la erección de estas esculturas, que se distribuyen en áreas próximas a los asentamientos. Estos sitios tienen unas visibilidades en su entorno muy altas, es decir, parece que se buscaron deliberadamente puntos en el paisaje que resultaran fácilmente identificables³². Los verracos eran una parte esencial del paisaje vettono, una forma de organizar la tierra en comarcas que pudieron alcanzar una alta densidad de poblamiento. Al mismo tiempo, las esculturas simbolizan la riqueza de un entorno ganadero y la pujanza de ciertos grupos sociales, bien evidenciados como hemos visto en los ajuares de las necrópolis.

ROMA Y EL FINAL DE LOS OPPIDA

A comienzos del siglo II a.C. se reconoce cierta inestabilidad en las tierras centrales del valle del Tajo, una región por la que Roma ya había empezado a



Vista general de la muralla y entrada del oppidum de El Raso (Candeleda, Ávila)

mostrar un especial interés. Destaca una fecha importante, el 193 a.C., año de una expedición militar al mando del pretor M. Fulvio contra el oppidum de Toleum —la actual ciudad de Toledo— y sus alrededores (Roldán 1968-69: 93-94), venciendo a una confederación de tribus vacceas, celtíberas y vettonas.

El aumento de la demanda de materias primas y de mano de obra por parte del mundo romano tuvo que suponer un enorme estímulo para la producción local y sus dirigentes, lo que aceleró el desarrollo de los oppida. Hacia ellos arribaron no sólo monedas de plata y bronce a cambio de esclavos, metal, ganado y productos agrícolas como el trigo, sino también vino, aceite, perfumes, telas, servicios de vajilla y otros objetos de lujo mediterráneos, además de incontables chucherías y baratijas. A finales del siglo III a.C. se fechan las primeras importaciones romanas y a lo largo del siglo II a.C. cerámicas de Campania, denarios y otros productos empiezan a proliferar en los oppida³³. La realidad concreta de los mecanismos de intercambio empleados no se acaba de conocer bien del todo, pero, a juzgar por los datos que nos han transmitido los escritores clásicos, las mercancías se obtenían fundamentalmente a través del comercio organizado, del intercambio diplomático de dones y del pillaje. El registro arqueológico de los asentamientos permite reconocer en esta época dos tendencias claras: la producción intensificada y la jerarquización del territorio. Se constata el desarrollo de pequeñas granjas agrícolas en la parte más baja de los valles. Las manufacturas que se obtenían en los talleres de los oppida y la adquisición de importaciones estimularon a los campesinos a producir excedentes alimenticios. Allí donde han sido posibles excavaciones o prospecciones sistemáticas, como por ejemplo en Las Cogotas, Ulaca o El Raso, se distingue una importante concentración de la población y la evidencia de una artesanía especializada

31). Álvarez-Sanchís, J. R. (1999): *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 1, Real Academia de la Historia, Madrid: 264-272.

32). Álvarez-Sanchís, J.R. y Ruiz Zapatero, G. (1999): Paisajes de la Edad del Hierro: Pastos, ganado y esculturas en el valle de Ambles (Ávila). En R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora: 313-323.

33). Martín Valls, R. and Esparza, A. (1992): Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: 259-279; Álvarez-Sanchís, J.R. (2003): *Los Señores del Ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal, Madrid: 129 ss.